

Del estado de malestar al estado de corrupción

Rafael Cid

Director de la revista Crisis.

Corrupción es la palabra de moda, lamentablemente. También la palabra maldita. No pasa día sin que un nuevo escándalo recuerde a los ciudadanos que la divisa «toma el dinero y corre» goza de buena salud. Conceptos como solidaridad y altruismo yacen reventados en la cuneta. Rige el imperio del libre mercado. Todo lo demás parece superfluo.

Histórica y etimológicamente, la corrupción surge cuando los políticos desvían caudales públicos para fines privados e irrumpe cuando de la anécdota se pasa a la categoría y la práctica se generaliza. Es decir, cuando la clase política de forma ostensible utiliza el salvoconducto que significa la representación popular originaria para enriquecerse.

Entonces se establece una relación parasitaria en la que unos pocos (la clase política) usurpan un mandato social para ir contra los intereses de la mayoría (el pueblo soberano). Y en consecuencia, el usurpador es tanto más poderoso cuanto más debilita a su representado.

Este proceso tiene muchos grados y matices. No surge bruscamente, como en la dictadura, que es la corrupción por antonomasia. La corrupción en la democracia (un sistema que, en teoría, por la separación de poderes, debería ser inmune a esta patología) es evolutiva. Aparece local-

mente; refuerza su «inocencia» con discursos paternalistas y coartadas ideológicas; poluciona a otros estratos hasta convertirlos en clientela y se enquistó como sistema.

Cuando esto sucede, la democracia misma está en peligro. Las tendencias oligárquicas de las capas más poderosas de la sociedad han tomado el mando. Poder político, económico y mediático se confunden en un sólo haz. El pueblo soberano de los tratados de ciencia política, para entonces, ya sólo es un coro sin alternativas. Votar con «el sistema» cada cuatro años; consumir en «el libre mercado» y pagar impuestos «al Estado» se convierten en la exclusiva razón de ser del ciudadano moderno. Desaparece la comunidad de intereses e incluso el proyecto vital del ciudadano y de la persona.

Estamos hablando, además, en los albores del siglo XXI, el del «crepúsculo de las utopías», las autopistas de comunicación y el mercado común universal. Un escenario en que valores o referentes como «patria» y «colectividad» carecen de contenido, ya que hoy más que nunca «la ideología dominante es la ideología de la clase dominante», sólo que ahora esta casta es universal.

Como ejemplo, baste recordar que en la actualidad más de la mitad de las normas jurídico-legales que conforman nuestro

derecho positivo nacen en Bruselas. Parece como si, tras la caída del «peligro comunista», los valores democráticos que han caracterizado a la sociedad occidental hubieran devenido obstáculo al libre mercado, auténtico mandamán del imperio.

El caso español

En suma, el proceso que estamos describiendo supone el solapamiento de los valores políticos de la democracia por los del mercado libre. Competitividad frente a solidaridad; privado frente a público; interés individual frente a interés colectivo; crecimiento frente a desarrollo; desregulación y/o proteccionismo frente a legalidad, etc. Todo ello perpetrado bajo el santo y seña de la libertad y la democracia. Lo llamaron «mundo libre».

Pero en realidad, lo que esta corrupción está incubando es el camino del nuevo despotismo, de la perversión democrática, del nepotismo. El camino del Estado mínimo y del beneficio máximo.

En términos bíblicos, lo que habría ocurrido es que los mercaderes han ocupado de nuevo el templo del que en realidad nunca fueron totalmente expulsados porque lo asediaron durante siglos.

No deja de ser relevante que este fenómeno de «democracia estabulada» se refleje más nítida-

DÍA A DÍA

mente en aquellos países con menor hegemonía cultural y más claramente dependientes del modelo americano, en cuyo engranaje jugaron un papel decisivo como baluartes del «mundo libre», a veces en régimen casi colonial. Excepción hecha de Estados Unidos, que es el padre de la criatura, Italia y el fenómeno Berlusconi (un cóctel explosivo de anticomunismo y telepredicador, tan americano él) es todo un arquetipo.

En el caso de España, el terreno estaba abonado. Carentes de cultura y tradición democráticas (carentes de cultura sin más) y condicionados por una transición vigilada que recogió lo peor de la dictadura franquista y discriminó lo mejor de la estirpe republicana, liberal y solidaria, todo estaba abocado al surgimiento del líder carismático, el partido hegemónico y el boom consumista-conformista.

Fue como un inmenso efecto placebo. Bastó dar tiempo al tiempo y que surgiera una nueva clase para que los gérmenes de la corrupción (los de la vieja y los de la nueva) hicieran su efecto. Los «valores mercantiles» irrumpieron en la política sin que desde la sociedad se hiciera nada eficaz para resistir la ofensiva. Por el contrario, lejos de expandirse y federalizarse, el partido en el poder se concentró sobre sí mismo, «privatizando» a los otros poderes del Estado.

Fue precisamente este acto reflejo, de defensa ante la presión de la oposición atrincherada en el «cuarto poder», lo que precipitó el desenlace. Ejecutivo y legislativo, la nueva clase, dominada hegemónicamente por el PSOE, necesitó fagocitar al poder judicial para evitar previsibles descalabros (la necesidad de financiación irregular para man-

tener dispuesta la máquina electoral exigía impunidad para su flagrante cuota delictiva).

El asalto al poder judicial no resultó difícil. Jueces y magistrados españoles tenían una acendrada cultura antidemocrática (gran parte de su *staff* tuvo un bochornoso comportamiento al servicio del franquismo) y el enroque se realizó sin traumas. Por su parte, el PSOE, en su deriva, supo enseguida que no existe mejor cuña que la de la misma madera.

Consumado el proceso, el sistema (ejecutivo, legislativo y judicial; uno en esencia y trino en persona) gozó de las excelencias del doble discurso orwelliano y quedó sellado. La presión social representada por el tobogán de escándalos divulgados por la prensa ya no eclipsaría la credibilidad del líder y del partido hegemónico (el 6-J del 93 fue la prueba de fuego). La corrupción en los actos privados había transmitido, endogámicamente, su propia patología a la práctica democrática.

De esta forma, no resulta sorprendente observar cómo siendo la nomenclatura socialista la diana de la corrupción en España (Filesa, Juan Guerra, KIO, Banesto, etc.), sean representantes de la oposición (convertida también en sistema sin atributos propios) los únicos condenados por los tribunales (caso Naseiro, caso alcalde de Burgos y, posiblemente, caso Hormaechea y caso Redondo-PSV).

Tras el crac de la economía real y el crac de la política real parece quedar sólo un sistema sin apenas alternativas que merezcan el calificativo. Embridados en la misma noria, víctimas de idénticas patologías, crece la ilusión de una telecracia donde el ciudadano sólo oficia a través de un in-cuo *zapping* político-electoral. Pero no es más que eso, una ilu-

sión; la más fétida e insidiosa consecuencia de la corrupción reinante.

Para romper el maleficio y protagonizar nuestras propias vidas basta con apagar el aparato, tomar la palabra y echar a andar. Mercado y democracia ya son incompatibles. Hoy la democracia es un valor revolucionario, emancipador y libertario. Digo la democracia entendida como un sistema de valores que se sustentan en el Estado de Derecho. No me refiero a ese «refilón» (en su doble acepción) llamado elecciones, que cada vez más se pretende como base, esencia y fundamento de la democracia. No, el mecanismo de promoción de la clase política es, por el contrario, lo que está secuestrando a la democracia, convirtiéndola en formal o aparente.

Limitar la democracia a esa quiniela trucada que significan las elecciones cada cuatro años es elegir una servidumbre voluntaria. Los dirigentes («un gran pueblo no necesita de grandes hombres», Emiliano Zapata) se fabrican en los medios. Son la cotidiana realidad virtual. Como el criterio electoral pivota sobre una calidad (los líderes o famosos) que se selecciona de una cantidad (el cuerpo electoral), a fin de cuentas sólo los medios de comunicación (último asiento del capital financiero-especulativo) deciden qué, quién, cuándo y cómo nos han de gobernar.

Hace años, el poder —decía Mao repensando a Napoleón— nacía de la boca de un fusil. Hoy nace de esa fábrica de conciencias (des-conciencias, en realidad) que es la TV y los *mass-media*. Ese será, desvalorizados los poderes clásicos (ejecutivo, legislativo, judicial y policial), el nuevo factótum de corrupción (mental y material) de la sociedad. ■